

EPISODIO DE VIAJE.

UN TERRIBLE DRAMA EN EL NUMERO 13.

I

Mala noche ha pasado Ud., mi general.

—¡Horrible! Tosiendo sin cesar un momento.

—Ya lo he oído, ya.

—Entonces debería Ud. decir: mala noche hemos pasado.

—Cierto que sí; pero ¡qué remedio! Estas casas están acondicionadas de tal manera, que se oye hasta el más leve ruido de un cuarto á otro.

—Cuéntemelo Ud. á mí, dijo un caballero que hasta aquel momento no había tomado parte en la conversación;—á mí, que tengo en la habitación inmediata un matrimonio nuevo, positivamente en la luna de miel.

—¡Ja, ja, ja!

—Al diablo se le ocurre venir á pasarla en un establecimiento balneario.

—Necesidades de la salud.

—Pues cuando se anda mal de salud, nadie debe casarse.

—Ni aun cuando se anda bien,—añadió sentenciosamente el General.

—Al edificar estas casas debieran tener más en cuenta lo molesto de la forzosa comunicación que establecen las puertas cerradas sólo con un simple pestillo.

—Es inevitable,—dijo un señor ya entrado en años y muy gordo, que se abanicaba sin cesar con su sombrero de paja,—porque estando así los cuartos se facilita la colocación de familias cuyos individuos desean vivir juntos. Si el dueño del establecimiento tuviera la seguridad de que únicamente vinieran matrimonios ó bañistas sueltos, poco le importaría el cerrar los tabiques.

—De todas maneras hay que confesar que es desagradable enterar al vecino hasta de cuando uno estornuda.

—Señores, aseguro á Udes.,—dijo entonces el Marqués,—que esa comunicación es hasta peligrosa en muchos casos. Yo pude ser víctima de ella, y hasta temí verme envuelto en un proceso criminal.

—¿De veras?

—Como Udes. lo oyen. Les referiré mi aventura, que no puede ser más dramática. Todavía cuando la recuerdo siento escalofríos de terror.

—Cuenta Ud., cuenta Ud.

El interés de la historia anunciada apretó el grupo de diez ó doce bañistas que en el jardín, y esperando la hora de la comida, tomaban el fresco, resguardados del sol por las ramas de unos copudos tilos.

El Marqués, satisfecho por la curiosidad del auditorio, refirió lo siguiente:

II

—Hace de esto veinticinco años, y otros tantos contaba yo entonces de edad. Viajaba por recreo, solo, con dinero sobrante y con la alegría de la juventud.

Había recorrido Francia, Italia, Inglaterra, Alemania: pero no conocía Holanda, y allá me fuí.

Mi costumbre, contraria á la de casi todos los viajeros, era buscar siempre, donde quiera que iba, los hoteles en que no hubiera anunciado, por lo menos, el intérprete que hablase alguno de los idiomas que yo poseía.

Me divertían mucho los cómicos conflictos en que me encontraba por lograr hacerme en-

tender. Ese era uno de mis mayores goces; caprichos de la juventud que no se conciben ya en la edad madura.

Dominaba yo, puede decirse, el francés y el italiano, entendía el inglés; pero desconocía en absoluto las otras lenguas que se hablan en Europa, lo cual fué causa de que me viese en Alemania en algunos apuros. En Holanda podía sucederme lo mismo, y eso me seducía.

Llegué á Rotterdam de noche. Llovía sin cesar, y aunque era á fin de Julio, la temperatura parecía de Octubre. Un viento frío y húmedo penetraba en la estación del ferrocarril, á cuya puerta, cuando yo salía llevando la maleta, mi único equipaje, gritaban en distintos idiomas varios dependientes de los hoteles, solicitando huéspedes entre los viajeros.

Me separé, según costumbre, de los que pregonaban sus establecimientos en idiomas que yo conocía, y entregué la maleta á un joven coloradote y rubio, tipo del país que hablaba algo que debía de ser holandés, y que, vestido con un traje azul oscuro con adornos de cinta roja, ostentaba sobre la descomunal viscera de la gorra, este letrero: "Hotel Oppendoc."



Me acompañó hasta un carruaje en cuya trasera se leía el mismo anuncio; me acomodé en un asiento, contesté por señas que no á una pregunta que me hizo y que supuse referente á si traía más equipaje, cerró mi guía la portezuela; ascendió ligero al pescante, donde se sentó junto al conductor, y partimos arrastrados por dos hermosos caballos blancos.

—¡Qué memoria tan feliz, querido Marqués!—Recuerda Ud. todos los detalles como si fuera de hace pocos días.

—Lo mismo. Todo aquello que tiene relación con algo que conmueve de veras; no se me olvida nunca. Y aseguro á Udes. que la aventura de Rotterdam ha sido en mi vida de lo que más me ha impresionado.

—Adelante, adelante.

—Las calles de las grandes poblaciones, vistas en una noche lluviosa y oscura, á través de los cristales de un coche que va de prisa, se parecen todas. Desfilaban ante mis ojos focos de luz destimbradora que salían de tiendas y cafés, masas negras de edificios muy grandes que se destacaban entre la sombra, transeúntes con paraguas, carruajes que pasaban á escape produciendo ruido ensordecedor, y de cuando en cuando los árboles, las estatuas y los bancos de algún paseo.

Al cabo de pocos minutos paramos ante el hotel. Subí al cuarto que me destinaron en el piso principal, número 12, que, como casi todos los de los hoteles, comunicaba con los dos inmediatos por dos puertas cerradas sólo con el pasador.

La habitación no tenía más muebles que la cama, una mesa de noche, dos butacas, un armario con espejo, el lavabo, cuatro sillas y un velador, sobre el cual había un candelabro con tres bujías.

—Oiga Ud., Marqués,—dijo interrumpiendo la relación el bañista jovencito:—observo que lleva Ud. dos malos agujeros indicados en lo que va refiriendo.

—¿Cuáles?

—¡Estaba Ud. junto al núm. 13, y alumbraban la habitación tres velas! Todos eran presagios de algo muy finesto.

—Pues sí que lo fueron en aquel caso, aunque yo no creo semejantes boberías.

—Siga Ud., siga Ud.,—exclamaron los otros oyentes, deseosos de que continuase la relación sin más interrupciones.

—Después de cambiar de traje y de asearme á la ligera, porque tenía un apetito voraz, bajé al comedor y me senté á la mesa mejor. Por lo visto había pasado ya la hora de costumbre; pues los camareros limpiaban los manteles y recogían los restos de la comida. Sin embargo, había tres sitios preparados: el mío y otros dos enfrente.

Para servirme esperaban sin duda los camareros á los comensales que faltaban. Por fortuna llegaron pronto, y me saludaron al entrar con un leve movimiento de cabeza.

Eran un caballero y una señorita. El contaría unos cincuenta años, de elevada estatura, grueso en proporción, iba completamente afeitado y tenía el semblante duro y serio. Gastaba cabellera bastante crecida, ya entrecana, que habría sido rubia, y vestía con natural elegancia. El aspecto de aquel hombre, sin embargo, me fué repulsivo. Acaso influyese en esto su nariz, muy gruesa y colorada.

La señorita, joven y hermosa . . . ¡Parece que aun la veo! Era de esas figuras que no se olvidan: delgada, pálida, con ojos azules claros, de mirar melancólico: una Ofelia de nuestros tiempos. Vestía traje sencillo, oscuro, y para sentarse á la mesa se quitó los guantes, mostrando las manos tan blancas y finas que parecían de marfil.

El hombre y la mujer formaban vistísimo contraste:



en él todo indicaba fuerza, brusquedad, altanería: en ella debilidad, mansedumbre y dulzura.